03

PUBLICACIÓN MENSUAL

ALERTAS SD

ENERO DE 2021



CONTENIDO

- EDITORIAL SD
- 2021, UN AÑO PUENTE
  J. Alberto Aguilar Iñárritu
- EL FUTURO DE LAS DEMOCRACIAS: ENTRE LA PANDEMIA Y LA GLOBALIZACIÓN
  Graciela C. Römer
- LA URGENCIA DE UN CONSENSO LATINOAMERICANO POSCOVID
  Roberto García Moritán
- DEMAGOGIAS AUTORITARIAS Y SUS MEDIOS DE DIFUSIÓN
  Edgardo Buscaglia
- REDES SOCIALES, ¿ARMAS DE DESTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA?
  Marcela Jiménez Avendaño



JOSÉ ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU
Vicepresidente para Norteamérica de la COPPPAL
Miembro Fundador de Save Democracy

2021, UN AÑO PUENTE

J. ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU

Feliz 2021, bienvenidos al puente que nos conecta con el otro lado del parteaguas, ese que el año pasado marcó un antes y un después en nuestras vidas. Ahora estamos situados en el lado que exige comenzar a hacer las cosas de manera diferente para superar esta severa prueba que padecemos. El mandato es convertirla en una oportunidad de cambio para arribar a un mundo mejor; un mundo que se achicó en la interdependencia revelada por la peste, pero que se agrandó en la profundidad de nuestros retos. Lo primordial es comenzar por asumir que o nos salvamos todos o no se salva nadie.

En 2020, la primera ala del parteaguas anunció la culminación del ciclo de vida de lo construido 40 años atrás. Sintetizó la crisis del modelo neoliberal detonada en 2008, con toda su cauda de desigualdad y libertinaje, en el marco de la pandémica protesta del medio ambiente contra su abuso continuado. También exhibió tanto el agotamiento del modelo electorero que limita y desvirtúa a las democracias, viejas y nuevas, en una representación sin empoderamiento ciudadano, ni fortaleza republicana, como el populismo que, en sus evidentes excesos y fracasos, se confirma como un tumor maligno que aparece en las democracias cuando estas se enferman, y tiende a liquidarlas.

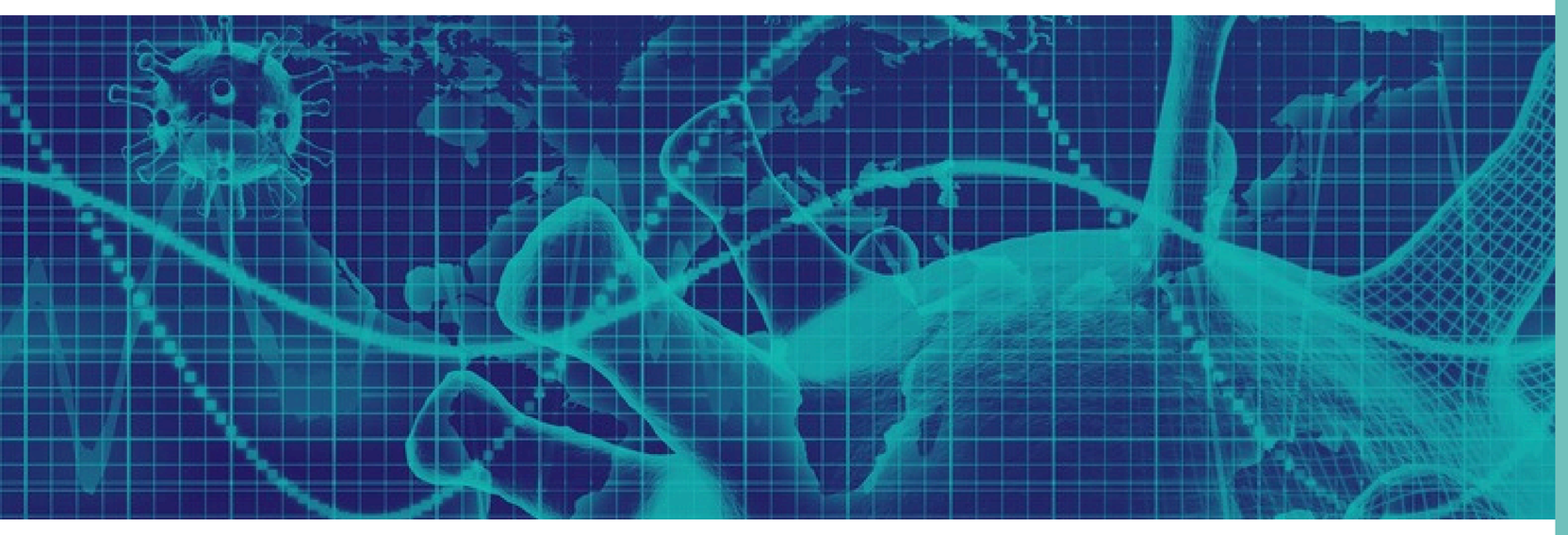
La segunda ala del parteaguas conduce a edificar una propuesta equidistante entre neoliberalismo y populismo, que forme parte de la redefinición del nuevo orden mundial en juego. Una propuesta que se apoye y a la vez promueva la restitución del multilateralismo —ante problemas globales, soluciones globales— y consiga mediante la reivindicación de la cooperación un nuevo consenso global capaz de inducir cambios en la correlación de fuerzas interna en cada país. Un consenso cuyo centro de prioridades sea ocupado por dos grandes olvidados del modelo anterior: la gente y su capacidad para determinar su destino, y el acosado medio ambiente.

La propuesta debe poner sobre la mesa las virtudes de avanzar hacia la democracia social republicana, una democracia completa, integral, como eje rector del cambio, con un Estado de derecho promotor, solidario y garantista, y una economía abierta al comercio libre y justo, pero con un mercado de instituciones y armónico con las disposiciones que dicte el interés general de la República, en favor del desarrollo sostenible. Se trata de caminar hacia el desarrollo social incluyente, igualitario y libertario, con un medio ambiente protegido. En síntesis, la consigna es: Por una igualdad social verde.

¿Qué hacer? Empezar por priorizar los diálogos regionales para debatir la gobernanza mundial, y estimular procesos de asociación entre Estados-nación, que en el largo plazo caminen hacia confederarse. Si otra mundialización es posible, conseguirla demanda neutralizar el comando financiero de la globalización, mediante bloques de Estados-nación que restituyan la fortaleza de lo público y su función rectora del desarrollo en el concierto internacional bajo propósitos sostenibles.

En América, ese diálogo reclama un nuevo criterio norte-sur que respete la autodeterminación de sus partes latinoamericanas y caribeñas, y tenga dos ejes iniciales: la salud, que empieza por resolver en bien de todos la universalidad de las vacunas, y la reactivación económica, que puede iniciar por ampliar la infraestructura, en particular la que soporta energías limpias, con gran impacto positivo en el empleo.

EL FUTURO DE LAS DEMOCRACIAS: ENTRE LA PANDEMIA Y LA GLOBALIZACIÓN



GRACIELA C. RÖMER

El inicio del nuevo año enfrenta al mundo ante la que probablemente sea la peor crisis desde la Segunda Guerra Mundial. La crisis sanitaria provocada por la pandemia del Covid-19 y las diversas estrategias utilizadas por los gobiernos para controlar su expansión están profundizando —especialmente en AL, atravesada por sus crónicos desajustes económicos y limitados progresos en sus indicadores sociales— los niveles de pobreza producidos por la actual retracción de sus economías y el consecuente incremento del desempleo.

Los abordajes utilizados por los gobiernos han estado primariamente orientados a controlar los aspectos médicos y el impacto sobre la salud del conjunto de sus ciudadanos que, hay que aclarar, no ha sido igual para todos. Su impacto a nivel mundial ha sido absolutamente inequitativo, y no solo por su incidencia sobre las llamadas poblaciones de riesgo etario o con enfermedades crónicas, sino de manera obscena sobre la población con mayor vulnerabilidad social.

Según la FAO, hay alrededor de 800 millones de personas con hambre en el mundo, el 50% de la población percibe ingresos de US$5 diarios y el 40% de los habitantes del planeta no tienen acceso a agua potable. Esa es la población que ha aportado el mayor número de decesos sobre las más de 2 millones de muertes causadas por el coronavirus.

Si algo ha demostrado esta pandemia es que más allá del avance tecnológico actual y del hecho de estar atravesando la tercera revolución industrial, el mundo no estaba preparado para enfrentar fenómenos que, por sus características, parecen requerir ser abordados desde una lógica diferente. Y esto aplica no solo a esta pandemia, sino también a las que probablemente formarán parte de las amenazas del futuro como el riesgo climático o los movimientos humanos masivos.

Vivimos en un mundo globalizado de difícil retorno y, sin embargo, no estamos aún generando las condiciones económicas, políticas e institucionales para beneficiar globalmente a sus habitantes como parte de este mundo compartido.

Ciertamente, el mundo está desconcertado. No solo la ciencia no tiene una respuesta certera para erradicar la pandemia, sino que la organización social, política y económica de muchas de las sociedades que conforman el sistema mundo atraviesa situaciones críticas que se superponen en un complejo entramado de incertidumbres que se potencian entre sí. Y esta incertidumbre tiene consecuencias espectaculares a nivel social: causa cerramiento de fronteras físicas o comerciales, crecimiento de los movimientos sociopolíticos o económicos de búsqueda de protección, aislamiento (tribalización de la vida social), demanda de liderazgos duros, autoritarismos, cercenamiento de libertades cívicas y las viejas y obsoletas fórmulas económicas de “vivir con lo nuestro”.

La pandemia ha puesto al descubierto la necesidad de colaboración recíproca, flexibilidad decisional, apertura y, casi, de reconocer que somos un “gran nosotros” ante un enemigo que es de todos. Los problemas que enfrenta el mundo hoy son en su mayoría problemas que afectan al conjunto de la humanidad y, por tanto, exigen soluciones que exceden a los Estados-nación.

En este marco y frente a la ola de incertidumbre a la que se enfrentan las democracias, en una época plagada de seductores discursos y promesas populistas, y en la que se pone en duda la viabilidad del contrato democrático para resolver problemas como la pobreza extrema pero también la pauperización de los sectores medios, los derechos de género, la participación ciudadana y la transparencia pública, es bueno tener presente el pensamiento del escritor israelí Yuval Noah Harari, en relación con su visión del “día después” de la pandemia: “La humanidad necesita tomar una decisión. ¿Recorreremos el camino de la desunión, o adoptaremos el camino de la solidaridad global? Si elegimos la desunión, esto no solo prolongará la crisis, sino que probablemente dará lugar a catástrofes aún peores en el futuro. Si elegimos la solidaridad global, será una victoria no solo contra el coronavirus sino contra todas las futuras epidemias y crisis que podrían asaltar a la humanidad en el siglo XXI.”

Las democracias requieren también pensarse a sí mismas. Fortalecer su impronta en la sociedad ya no dependerá solamente de las respuestas que los Estados-nación puedan ofrecer a sus ciudadanos, dependerá de su capacidad para fortalecer la nueva lógica de funcionamiento de la sociedad global y probablemente, del diseño de una nueva institucionalidad.

EDITORIAL

Este 2021 nos llega, particularmente, cargado de retos y desafíos, pero también de oportunidades para recomponer el camino andado. La pandemia por el Covid-19 vino a evidenciar y ahondar los grandes problemas que, como humanidad, nos hemos negado a enfrentar: una cada vez más vergonzosa desigualdad económica y social; democracias enfermas en donde prolifera el cáncer del populismo; organizaciones regionales y mundiales brutalmente costosas, paralizadas por su burocracia y claramente rebasadas; poderosos entes privados supranacionales sin regulaciones y controles; un planeta al límite de su capacidad para sostener la vida tal como la conocemos; y una sociedad apática, poco solidaria y con cada vez menos pensamiento crítico y cultura de la legalidad.

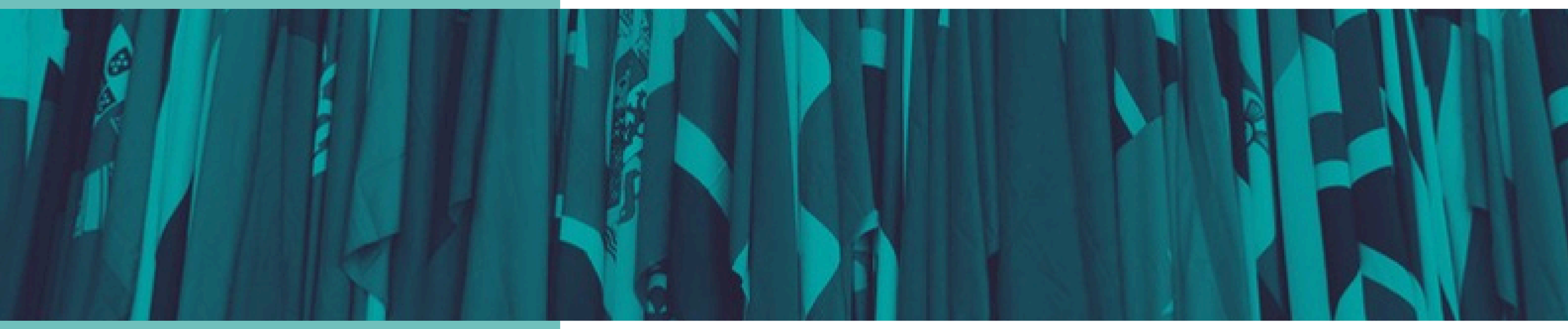
Todo ello supone la discusión, diseño e implementación de soluciones rápidas y globales en donde el multilateralismo adquiere gran relevancia, de ahí los temas que abordamos en este, nuestro newsletter del mes de enero.

"Asistimos al descubrimiento de la necesidad de colaboración recíproca, flexibilidad decisional, apertura y, casi, de reconocer que somos un “gran nosotros” ante un enemigo que es de todos.

Los problemas que enfrenta el mundo hoy son en su mayoría problemas que afectan al conjunto de la humanidad y, por tanto, exigen soluciones que exceden a los Estados-nación".

GRACIELA C. RÖMER

Especialista en estudios de opinión pública, democracia y gobernabilidad.



LA URGENCIA DE UN CONSENSO LATINOAMERICANO POSCOVID

¿QUIENES SOMOS?

SAVE DEMOCRACY es una organización hemisférica, civil, no gubernamental, no partidista, altamente especializada y sin fines de lucro, integrada por un grupo de profesionales en el campo del estudio y diagnóstico de los procesos democráticos cuyo objetivo es el de fortalecer, proteger y defender la democracia en América Latina y el Caribe.

SAVE DEMOCRACY surge como iniciativa de un grupo de especialistas en diversas áreas relacionadas con la democracia que, en marzo de 2019, se reunieron para participar en el Congreso Internacional Proyecto Democracia celebrado en la ciudad de Victoria de Durango, en México. En esa ocasión pudieron comprobar, además de la gran coincidencia de puntos de vista sobre los problemas que aquejan a las democracias y sus posibles soluciones, la importancia que tiene realizar encuentros temáticos muy plurales y estudios destinados a pensar cómo restituirla.

"Ante este escenario sensible que se plantea en medio de una lenta recuperación económica, parecería necesario alentar un consenso latinoamericano para disminuir los efectos de un cuadro regional de vulnerabilidad altamente preocupante. Los países latinoamericanos no se encuentran en condiciones de ganar esta batalla de manera aislada y por sí solos".



ROBERTO GARCÍA MORITÁN

Diplomático de carrera (Argentina)

ROBERTO GARCÍA MORITÁN

La pandemia ha desnudado un mundo global con características más complejas que las conocidas desde la Segunda Guerra Mundial. En ese crucigrama geopolítico, América Latina sufre una de las mayores condiciones de desigualdad social e informalidad laboral de las últimas décadas y con consecuencias económicas más agudas que la crisis de los años ochenta. Los índices muestran números alarmantes de una pobreza desbordada y una tasa de crecimiento poblacional en aumento. De acuerdo con la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la pobreza extrema podría llegar a casi 84 millones de personas. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) también advierte sobre las dificultades para acceder a alimentos teniendo en cuenta que en el período 2018-2019 ya existían en la región aproximadamente 53,7 millones de personas en inseguridad alimentaria. La gran tarea a futuro será evitar que la crisis sanitaria se transforme en una de alcance alimentario.

Ante este escenario sensible que se plantea en medio de una lenta recuperación económica, parecería necesario alentar un consenso latinoamericano para disminuir los efectos de un cuadro regional de vulnerabilidad altamente preocupante. Los países latinoamericanos no se encuentran en condiciones de ganar esta batalla de manera aislada y por sí solos. Sin embargo, no existen, por el momento, señales de conciencia regional para encarar juntos la emergencia pospandemia. En general, los gobiernos de la región han reaccionado individualmente y sin ninguna coordinación. La diplomacia regional ha brillado por su ausencia. Los mecanismos de integración y cooperación se encuentran en el momento de mayor descrédito de su historia. La Organización de Estados Americanos prácticamente ha desaparecido en el cumplimiento de las funciones que le corresponden para contribuir a lograr los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) parece paralizada para encontrar parámetros comunes e implementar agendas de cooperación.

La gobernanza regional se encuentra en suspenso y el regionalismo sudamericano parece desenvolverse en un marco de tensión político-ideológica. Estos factores, entre otros, disminuyen considerablemente la capacidad de América Latina y el Caribe de tener una plataforma multilateral común para negociar y reforzar la autonomía frente a actores externos cada día más incisivos. Una situación que contrasta con los intentos de principio de siglo de armonizar políticas específicas e incluso visiones multilaterales comunes de política exterior. El caso de las políticas regionales sanitarias fue paradigmático en particular en el ámbito del Mercosur. Sin embargo, frente a la crisis del Covid-19, la mayoría de los objetivos estratégicos e incluso geopolíticos de América Latina han dejado de definirse en términos regionales.

Probablemente, uno de los principales desafíos que evidencia la crisis de salud pública mundial consista en restablecer el regionalismo. América Latina debería tomar nota y reaccionar en consecuencia. Un paso sería contribuir a disminuir la fragmentación de una América Latina heterogénea. Otro, recomponer la integración. La cooperación regional puede aún recuperar vitalidad si existiera voluntad política. Sería deseable que las fuerzas políticas latinoamericanas compartieran una vocación común para relanzar la cooperación diplomática regional para enfrentar las múltiples consecuencias y oportunidades del mundo pospandemia.

El secretario general de las Naciones Unidas ha felicitado recientemente a la Unión Africana (UA) por el esfuerzo coordinado entre los 55 miembros para enfrentar el Covid-19 y su impacto socioeconómico. Si la UA, en su compleja diversidad geográfica, está logrando una gobernanza regional razonablemente eficiente es realmente decepcionante que América Latina y el Caribe sigan el camino diplomático opuesto.



DEMAGOGIAS AUTORITARIAS Y SUS MEDIOS DE DIFUSIÓN

EDGARDO BUSCAGLIA



Una cuestión básica y esencial, que ya nos respondió la realidad reciente, es que ninguna democracia incipiente o desarrollada puede sobrevivir a largo plazo cuando está sujeta a las embestidas de medios de difusión masivos que lucran miles de millones de dólares al año a través de la premeditada desinformación política partidista y a la embestida de empresarios dueños de estos mismos medios de difusión que financian campañas políticas de demagogos que se benefician de la misma. Si a estas dos embestidas se les suma la existencia de una sociedad dividida por una distribución de la riqueza que tiende a evaporar toda perspectiva de progreso para la clase media y que divide a la sociedad entre un 5% de la población que es dueña de más del 80% de esta y el restante 95% de la sociedad con una cada vez menos dinámica capacidad de movilidad social, entonces lo único que se puede esperar del sistema político es que degenere en una demagogia de naturaleza autoritaria.

Los trágicos eventos del pasado 6 de enero en los que turbas violentas irrumpieron en el Capitolio de los Estados Unidos con el fin de impedir la oficialización de la victoria electoral del hoy presidente Biden y que causaron la muerte de seis personas, son una muestra de cómo estos tres factores perniciosos consiguieron depreciar a las instituciones democráticas y republicanas de ese país. Ese acto de compleja violencia política extrema no solo constituye un acto de insurrección sino que también podría tipificarse como un acto de terrorismo doméstico incitado desde los reiterados discursos del expresidente Trump. Es así que nos encontramos ante un EE. UU. que por primera vez en su historia no ha logrado una pacífica transferencia del poder político.

Estos trágicos episodios encierran lecciones y llaman a un análisis comparativo con algunos países de Latinoamérica como Brasil, Ecuador, Perú y México, que hoy padecen las tres mismas embestidas con medios de difusión propensos a la desinformación y al servicio de partidos liderados por demagogos autoritarios, con empresarios lucrando cientos de millones de dólares al año con base en la desinformación que incita a la violencia social y a la vez financiando campañas políticas de estos mismos demagogos, y todo esto enmarcado dentro de una distribución de la riqueza cada vez más inequitativa, con una población cada vez menos cívicamente educada y cada vez más desesperada ante las consecuencias de la pandemia. Por ejemplo, la muy incipiente democracia mexicana y bajo el gobierno del presidente López Obrador está derivando en una demagogia autoritaria militarizada con líderes civiles “pantalla” cada vez más débiles y sujetos a una cada vez más fuerte influencia militar —milicia que, por cierto, exigirá mayor poder económico y político como condición para mantener niveles mínimos de orden social ante una delincuencia organizada que se enfrenta al Estado de superior a igual—.

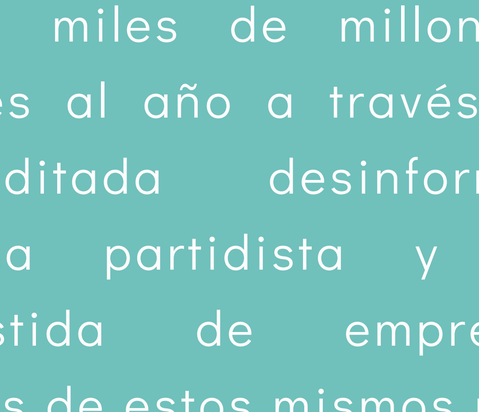


Para poder revertir estos tres factores perniciosos que han causado un terremoto en el sistema democrático de Estados Unidos y que hoy socavan a las incipientes democracias en América Latina, es primero necesario atacar las raíces de la demagogia autoritaria fortaleciendo a las instituciones democráticas a través de una mucha mayor inversión pública en educación cívica y en auditorías ciudadanas del poder público. Debemos recordar que las democracias más desarrolladas del planeta lograron su madurez institucional a través de sistemas tributarios progresivos que masivamente subsidiaban a la educación cívica y a una infraestructura privada de investigación y desarrollo generadora de empleos, junto a vastas inversiones públicas asignadas a la capacitación laboral en mercados tecnológicos de avanzada, tales como la inteligencia artificial, la generación de energía “verde” y la computación cuántica.

La época de oro del desarrollo social en las democracias modernas vino también acompañada de marcos regulatorios dedicados a prevenir que los medios de difusión se transformen en plataformas de desinformación que pudiesen servir como plataformas para movimientos políticos o para incitar a la violencia social. Finalmente, los sistemas de financiamiento de campañas políticas son hoy un regalo para la delincuencia organizada de nuestra región y para grupos de interés que han impedido la movilidad social requerida en toda democracia.

Hoy tenemos como gran reto fortalecer las instituciones democráticas para combatir el “canto de la sirena” de la demagogia y sus medios de difusión.

"Ninguna democracia puede sobrevivir a largo plazo cuando está sujeta a las embestidas de medios de difusión masivos que lucran miles de millones de dólares al año a través de la premeditada desinformación política partidista y a la embestida de empresarios dueños de estos mismos medios de difusión que financian campañas políticas de demagogos que se benefician de la misma".



EDGARDO BUSCAGLIA

Escritor, académico, líder de sociedad civil, asesor y filántropo internacional.
Miembro Fundador de Save Democracy

REDES SOCIALES ¿ARMAS DE DESTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA?

MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO

Las redes sociales se han convertido en un Quinto Poder superando por mucho la influencia sobre las masas que, hasta hace unos años, ejercía el Cuarto, la prensa, la radio y la televisión. El problema ahora es que se han colocado también por encima de los otros tres –Ejecutivo, Legislativo, Judicial–, es decir, por sobre los Estados. Sin controles, vulneran todo Estado de derecho y empiezan a representar una amenaza importante para el funcionamiento democrático.

Su poder de manipulación basado en el uso de Inteligencia Artificial ha quedado más que evidenciado y resulta alarmante. Más allá del poco transparente uso de la big data, han logrado influir en procesos electorales, promover peligrosos radicalismos y viralizar todo tipo de teorías de la conspiración.

No podemos negar que la revolución digital nos dotó de una comunicación horizontal y multidireccional en la que, a diferencia de los medios de comunicación tradicionales, todos pueden opinar sobre cualquier tema, desde cualquier lugar y en cualquier momento; sin embargo, las empresas dueñas de las redes sociales han ido implementando ciertas normativas o reglas de "buen comportamiento" para censurar publicaciones con potencial viral que inciten a la violencia, promuevan actos criminales, diseminen información falsa y propaganda política, o toquen maliciosamente temas sensibles como la pandemia del Covid-19. Esto parecería una buena noticia, pero estas regulaciones autoimpuestas atentan contra la libertad de expresión, particularmente si es un ente privado el que determina qué sí y qué no se puede publicar.

La libertad de expresión es uno de los valores más apreciados en democracia y, sin embargo, ha tratado de ser y ha sido acotada en numerosas ocasiones, en diferentes países y épocas. No es un secreto que su ausencia fortalece a los totalitarismos, absolutismos, populismos, tiranías. Es simple, sin libertad de expresión no existe la democracia.

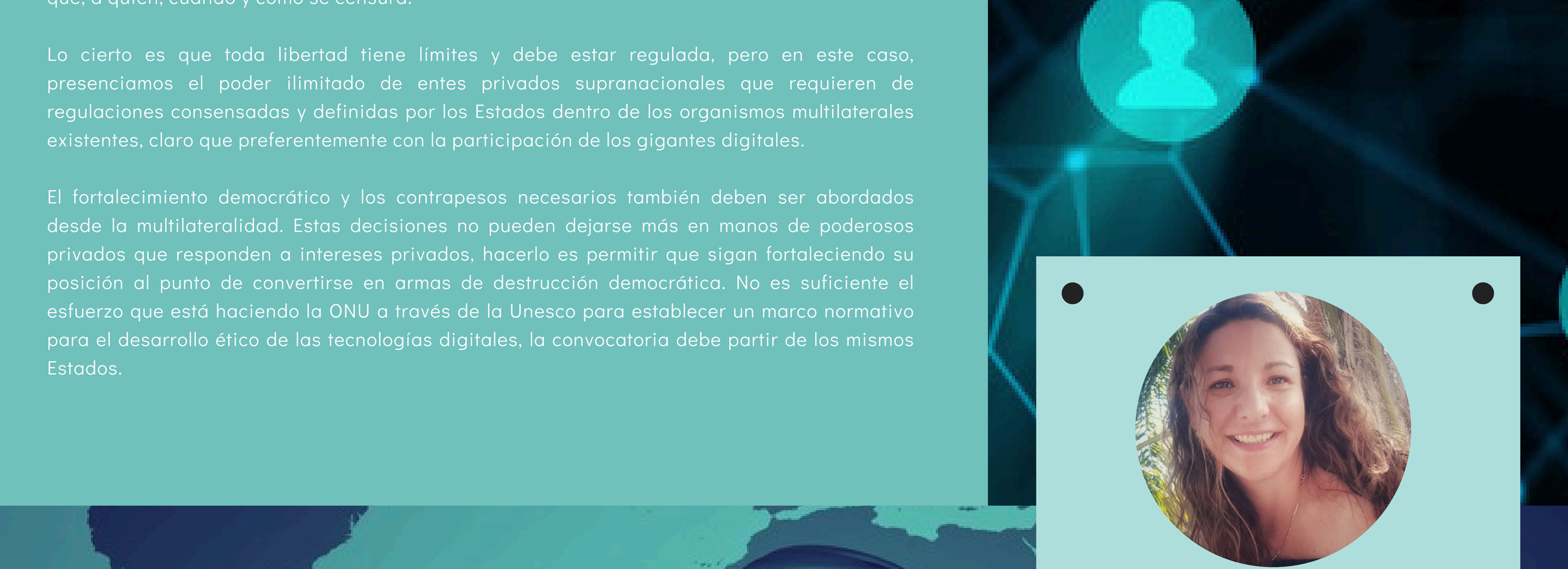
Por eso, en las últimas semanas se ha generado un gran debate sobre la censura impuesta por las redes sociales al que, hasta hace unos días, era el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump.

Para algunos, la libertad de expresión pasa a un segundo término cuando se trata de tutelar un bien mayor, en el caso de Trump, evitar que sus mensajes incendiarios derivaran en actos violentos que pusieran en peligro la vida de la población, tal como sucedió con la toma del Capitolio en la que fallecieron 6 personas. Para otros, permitir este tipo de mensajes es preferible antes que aceptar cualquier tipo de censura que derive en acciones de tipo autoritario.

Nadie puede negar que la decisión de suspender las cuentas de Facebook y Twitter del desbocado Trump fue correcta, lo incorrecto es que sea una empresa o varias las que definan qué, a quién, cuándo y cómo se censura.

Lo cierto es que toda libertad tiene límites y debe estar regulada, pero en este caso, presenciamos el poder ilimitado de entes privados supranacionales que requieren de regulaciones consensadas y definidas por los Estados dentro de los organismos multilaterales existentes, claro que preferentemente con la participación de los gigantes digitales.

El fortalecimiento democrático y los contrapesos necesarios también deben ser abordados desde la multilateralidad. Estas decisiones no pueden dejarse más en manos de poderosos privados que responden a intereses privados, hacerlo es permitir que sigan fortaleciendo su posición al punto de convertirse en armas de destrucción democrática. No es suficiente el esfuerzo que está haciendo la ONU a través de la Unesco para establecer un marco normativo para el desarrollo ético de las tecnologías digitales, la convocatoria debe partir de los mismos Estados.



MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO

Comunicadora, consultora.
Miembro Fundadora de Save Democracy

ALERTAS SD

ENERO DE 2021

03 03 03 03

ALERTAS SD

Publicación mensual

Las opiniones aquí expresadas reflejan
el espíritu y convicción de la
Organización Save Democracy.

https://savedemocracyal.org/

AlertasSD@savedemocracyal.org

@SaveDemocracyAL

@SaveDemocracyAL